

—¿Y quién es el autor de ese folleto? preguntó el diplomático.

—Guillermo Prieto, respondió el joven.

—¿Prieto? ¿Prieto? ya me lo esperaba, es un demagogo abonimable, vea usted que apellido tan ordinario, que cosa tan "prieta."

—El señor Demuriez no volverá más, dijo en tono imperativo Doña Canuta.

—Bien, respondió el diplomático, en todo caso le abandonaremos la casa; interrumpir bruscamente las relaciones de Francia no me pareció conveniente, este general Bazaine que ha sustituido á Forey, no es hombre que aguanta culpas y la Martinica no está muy distante de Veracruz, ni Veracruz de la capital.

XI.

Las campanas de la Catedral comenzaron á tocar á vuelo y una salva de artillería se dejó oír repentinamente.

—Canuta, gritó el diplomático, SS. MM. han desembarcado en Veracruz: ¡viva el emperador!

—¡Viva la emperatriz!

—Este hombre es un pobre diablo, dijo Enrique, y saludando al matrimonio Fajardo, corrió á tomar apuntes de lo que pasaba en las regiones oficiales.

I.

Cuarenta y dos años hacía que uno de los autores de la independencia mexicana, falseando la gloriosa revolución de 810, se había ceñido la corona de emperador, dando en el abismo con una popularidad que no tiene ejemplo en nuestra historia.

Don Agustín Iturbide, dotado de un genio militar, quiso en mal hora imitar al cónsul Bonaparte en el 18 Brumario, y para subir á la cumbre del despotismo, comenzó por dar un golpe de estado á la soberanía nacional.

La suerte del monarca mexicano quedó resuelta desde entonces.

Lanzado por el aliento revolucionario á las costas europeas, consideró como un Santa Elena aquellas regiones, lleno de ambición tornó á la patria que había burlado, impelido por la fuerza irresistible de un fatalismo.

El drama de Padilla respondió con su acta á la justicia humana que le pedía el castigo ejemplar de aquel hombre, que meses antes era el ídolo de un pueblo en su resurrección al mundo político.

La república se presentó virgen, hermosa, llena de esperanzas bajo el solio de la soberanía.

La generación, cuyas ideas le llevaban á la monarquía, al bajar á la tumba, llevaría consigo el pensamiento intervencionista y la idea monárquica.

La república era el porvenir.

Pero esa generación, heredera de los protocolos de la conquista y del virreinato, no se conformaría con abandonar en el campo al pueblo que acababa de triunfar y dejarlo dueño de la situación.

Era necesario entrar en sus filas para dividirlo. Encaminarlo á una difícil situación para conseguir volviese una mirada allende los mares, buscando á los hombres á quienes acababa de combatir.

Esta aberración de un partido que acababa de hundirse, podría surgir en un evento preparado de antemano, así es que el rito escosés se inauguró como partidario del Plan de Iguala que traía el principio monárquico, llevando en el asiento del trono á uno de los Borbones.

Cincuenta años de lucha, cincuenta años de guerra fratricida han diezmado nuestro suelo y puesto en ruinas el país más hermoso de la Zona Tórrida.

Ya hemos visto ese juego terrible de intrigas, esos planes abortados, esos motines, esos asesinatos, todo ese cúmulo de maldades opuesto á la marcha de un pueblo que quiere á todo trance la república.

II.

La revolución de 861 parecía definitiva, nada turbaba la paz de la nación que comenzaba á levantarse de ese vértigo sangriento que se prolongará por medio siglo.

Rechazado por todas partes, bajo todas las formas y con todos los nombres, ese partido que ha jurado la pérdida de la nación, se refugió en la Europa, y con grande habilidad logró que entrasen en delirio tres potencias de primer orden.

La resurrección de la monarquía en México, era todo un sueño!

Prestigio, armas, dinero, fama, renombre, todo lo tenían esas naciones; no faltaba más que tender la mano y el pensamiento estaba realizado.

La Providencia que detiene al hombre en medio de su carrera, señala en sus inescrutables designios un *hasta aquí* à las naciones, cuando éstas se lanzan en la vía desesperada de la sangre y de la opresión.

Ya hemos presenciado la ruptura del Convenio de Londres y la conducta de la Francia en la expedición del filibusterismo.

La Francia se sumergía en un sueño de gloria al rumor de sus cañones y al ambiente de sus banderas sacudidas por la victoria! ¡insensato! Todas estas ilusiones debían convertirse más tarde en una realidad espantosa!

Cierto es que Edmundo Lee, ese genio de la guerra, llevaba entonces sus armas coronadas con el laurel del triunfo à las puertas del Capitolio; pero ese héroe de los tiempos antiguos, combatía una idea encarnada en el corazón del siglo XIX y sus armas se quebrantarían al fin, porque no luchaba contra el poder ni la ambición, su empeño no era por la libertad, quería perpetuar la esclavitud, y las cadenas se convierten en proyectiles contra los opresores.

III.

El autor de los *Comentarios à la vida del César*, soñaba en otra columna de Vendome, en que se inscribieran sus batallas en el Nuevo Mundo, y se dejaba decir que la invasión *era el hecho más glorioso de su reinado*.

El retraimiento hostil del presidente Lincoln en la cuestión mexicana, pasaba por una quimera de poca importancia en las Tullerías: allí se creía que reconociendo la independencia del Sur y aventando à las fronteras de la Unión una pléyade monárquica, la patria de Washington se mutilaría, y la Europa con su aliento destructor debilitando al gigante americano, lo tendría à sus piés!

¡Sueño insensato!

Si faltaba una de estas irrealizables combinaciones el imperio del archiduque se derrumbaría al soplo revolucionario; porque la Francia creadora de una situación tan difícil desertaía à la hora del conflicto.

IV.

El 28 de Mayo de 864, fondeó en la heroica ciudad de Veracruz, à las nueve de la mañana, la fragata "Themis" adelantándose à la "Novara" à cuyo bordo veñían los archidukes de Austria, anunciando su arribo para dentro de algunas horas.

El general Almonte apresuró su marcha y llegó à Veracruz con oportunidad.

A las dos y media de la tarde de ese día histórico, las baterías de la Plaza y del castillo de Ulúa anunciaron que la "Novara" estaba à la vista, y que pronto los futuros soberanos pisarían las playas mexicanas como los conquistadores del siglo XVI.

En el palacio nacional se reunió la comitiva que debía pasar à bordo de la "Novara," cuando los repiques anunciaron que el Lugarteniente del imperio llegaba por la vía férrea à la ciudad.

La guardia civil acompañó à S. A. hasta la habitación que se le tenía preparada, tendiéndose en seguida en valla hasta el muelle.

A la media hora toda aquella comitiva precedida por Almonte, entró en los botes empavesados que tomaron rumbo hasta la "Novara."

Después de conferenciar el archiduque con el Lugarteniente, se dignó recibir, dice un cronista, à las autoridades y funcionarios de la administración, cuya gran formación estaba presidida por el prefecto político.

Maximiliano estaba de pié en el fondo del salón del segundo puente: vestía frac negro, pantalón y chaleco blancos, y corbata negra, que es el mismo traje que se había designado à los señores de la comitiva.

Introducida ésta à la presencia de S. M. I. por S. E. el señor ministro de la casa imperial, el señor prefecto tomó la palabra y pronunció con voz conmovida un breve discurso de felicitación que fué contestado por el archiduque.

V.

A la mañana siguiente, día 29, aun antes de amanecer, las calles, los balcones, las azoteas, torres, miradores, plazas, todo estaba atestado de gente.

La ciudad generalmente aseada, había cobrado un aspecto seductor.

El mar estaba tranquilo, y el cielo se extendía como una bóveda de zafiro sobre aquel gigante espejo, cuyos cristales se rizan al soplo de las auras.

Las embarcaciones todas empavesadas y con sus flámulas de fiesta, apenas se balanceaban mecidas por las mansas olas que acariciaban sus costados.

El muelle estaba profusamente engalanado.

Los pedestales del pórtico estaban decorados con trofeos de armas: de uno á otro pedestal colgaban grandes bandas con los colores nacionales.

Las cuatro columnas ostentaban también trofeos de armas y cortinajes.

En los tableros de los arcos había inscripciones y poesías cubiertas con coronas de laurel, destacándose el escudo del nuevo imperio en la parte superior del arco principal.

A los lados de esa lengua de tierra que forma el muelle, se forman grandes entarimados con elegantes barandillas, para que las damas de la población asistieran al desembarque de SS. MM.

En la plaza de Armas se había levantado un arco triunfal de inmensas proporciones, dedicado á los archiduques, sobre cuatro pedestales del orden compuesto, en los que descansaban ocho columnas sostenidas en sus bases por grupos de cariátides.

Los capiteles dorados sostenían la cornisa, quedando coronada con alegorías que representaban las ciencias, la justicia, la agricultura y el comercio.

V.

A las cinco de la mañana una salva de ciento un cañonazos disparados por la marina y contestada por los fuertes de tierra, anunció que la embarcación de sus majestades se había desprendido de la fragata imperial.

Cerca de cien botes adornados á proa, á popa, y en el palo de enmedio, de banderas y gallardetes, formaban una valla de honor desde la bahía al muelle, y sus tripulaciones victoreaban á los archiduques.

La embarcación tocó la tierra, y Fernando Maximiliano puso los pies en el territorio mexicano.

Atravesó sus calles en medio del delirio oficial de los empleados, llevando del brazo á Carlota Amalia su esposa, y entrando en el tren, arrebatado en alas del vapor, perdió á quella ciudad, dándole el último adiós, no sin tender la vista

unos instantes en la "Novara" que yacía encadenada al peso de sus anclas, frente al castillo de San Juan de Ulúa.

CAPITULO DECIMO.

REVELACIÓN.

I

Grande era la agitación que reinaba en los círculos todos de la sociedad.

La prensa mexicana proclamaba que el reinado de la paz había llegado, la extranjera se desataba en injurias horribles y pedía al mismo tiempo que la reconciliación, el aniquilamiento de los republicanos, el terrorismo imperial para levantar el trono sobre cadáveres.

La sombra de Juárez se les aparecía como un espectro vengador. Temían que su aliento volviese como el huracán, y pasara derribando todo aquel edificio, levantado por la traición y el abuso de la fuerza.

El ejército francés se ocupaba en asesinar, sus jefes en demandar ascensos y subir su presupuesto en el tesoro agotado de su nación.

El bando reaccionario se apoyaba en las bayonetas extranjeras y veía afianzado el porvenir.

Habían surgido algunas dificultades, que presagiaban el divorcio de los conservadores, porque la Francia que medía el abismo que le preparaban los intereses creados por la república, no quería poner mano sobre ellos, y falseaba el principio reaccionario en México.

Monseñor Labastida se había separado de la regencia, alegando que estaban violados los cánones y el derecho divino, siempre que se sostuviese la ley de expropiación de los bienes eclesiásticos.

La declaración del regente era palmaria, no quedaba más que la derogación de la ley que mandaba poner en vigor las de reforma, ó entrar en lucha abierta con la secta conservadora.

La Suprema corte formuló también su protesta.

Bazaine y Almonte se pusieron de acuerdo y decidieron no separarse una sola línea de la conducta prevenida por la Francia agente y motora de este gran negocio. Los dos miembros